

## MAÑANA

Yo no me desperté más. Un día me fui a dormir y mi cuerpo ya no quiso abrir los ojos. Ni mis dedos se movieron siquiera, y apenas lo hizo mi respiración. Mi hija Cintia se despertó igual de agitada que todas las mañanas, sudorosa después de haber pasado la noche cabalgando entre pesadillas. Vino corriendo a mi habitación a revelarme que había amanecido una vez más, como si cada noche se fuese a la cama con la certeza de que el sol pudiese apagarse repentinamente, como una bombilla gigante que se funde. Me encontró así, tiesa y nacarada, sumida en un estado confuso, atada mi consciencia a un cuerpo inerte e incapaz de comunicarme siquiera por señas. Cintia tiene catorce años y vive atormentada por la muerte.

Su grito debería haber bastado para traspasar mi aletargamiento, para insuflarme un movimiento rápido y consolador que la apaciguase en su llanto. Pero no pude. Me quedé sintiendo como los espasmos le recorrían las manos mientras me acariciaba el rostro en busca de una señal de reconocimiento por mi parte, de algún movimiento apenas perceptible que la convenciese de que yo aún estaba a su lado. Sólo pude pensar que Cintia viviría toda su vida atormentada por la muerte. Estaba a punto de creerme que aquello lo era definitivamente, irse una noche a la cama y quedarse para siempre dormida, sin el dolor o el miedo. Mi hija se sentó junto a la ventana, quizás no escuchó pasar las horas, quizás supuso que también ella se dormiría finalmente.

Mi madre vino a las dos a hacerme una visita rápida. La sentí pasearse por la casa, llamarnos repetidas veces y subir contrariada los peldaños ruidosos hasta mi habitación. Mi madre siempre ha hecho gala de una entereza poco común. Ella no grita, ella se arremanga el sufrimiento y se lo guarda con llave en algún sitio que nunca me ha dejado vislumbrar. Apretó a Cintia por los hombros y la meció suavemente contra su vientre.

Se acercó a mí y me dejó caer una caricia lenta por los ojos cerrados. Los médicos se afanaron por encontrarme pulso, un sorbito de vida con el que mantenerme alimentada. Fui declarada comatosa, y me quedé en mi cama, entre las sábanas blancas que mi madre me cambia y las lecturas nocturnas de Cintia en la ventana.

La primera semana, el primer mes, el primer año, me alegré cada día de estar viva, de ser al menos una presencia rondando al silencio. Domé a los ruidos de la casa, me hice con las más delicadas sensaciones y le dediqué a Cintia todo el tiempo que antes no me había atrevido a regalarle. Por un tiempo se empeñó en dormir junto a mi cama, creyendo que si nuestras respiraciones se acompasaban en el sueño ella terminaría por dormirse también. Yo me enfurecía con su morbosa predilección por los espacios en los que yo me hacía más patente. Rebuscaba en mi armario, revolvía gavetas y se peinaba con el cepillo negro de mi cómoda. Se cantaba a sí misma mientras hacía tantas de estas cosas y se sentaba durante varias horas a hablarle al espejo. Recordaba con más claridad de la que hubiese admitido nunca, incluso ante sí misma, cómo había sido el fallecimiento de su padre. Me relataba detalles inconfesos, olores o visiones que se le habían grabado en el accidente. De pronto susurraba versos largos de T.S Eliot y despotricaba contra aquel compañero de clase que la mortificaba en el recreo. Descubrí la soledad de mi hija como se puede descubrir una moneda al pasear por la acera, por azar.

Mi madre era la única mujer y el único hombre en aquella casa. Al principio le rogaba a la niña que volviese a hacer su vida con normalidad, luego impuso una ley férrea que me alegró y me inquietó a partes iguales. Comprendía que no era saludable que mi hija adolescente hubiese encontrado en su madre comatosa a su mejor confesora, supongo que por la poca atención que le hube prestado estando despierta. Pero por otra parte no

me resignaba a perder ese nuevo y estrecho lazo que apenas vislumbraba y que comprendía podía llevarme a descubrir la esencia de Cintia.

Mi madre fue siempre esa mujer abnegada a la que no le afectó el divorcio, a la que no le sacudió el pulso la soledad, ni le trastornaron las rutinas mis caprichos incomprensibles. Mi madre llora por las noches, viene a mi habitación y hace salir a Cintia, se sienta junto a la almohada y me recorre la frente con sus dedos mientras me canta las canciones de mi infancia. Me va sembrando la noche con algunas lágrimas sueltas y temerarios sollozos de madre destrozada. Yo, que nunca la he apreciado en su medida, que siempre he renegado de su frialdad calculada, me aterro de oírla y comprender que yo terminé por aprender a ser como ella. Sé que le prepara recetas escogidas a su nieta, le recomienda lecturas que a ambas nos fascinaban, la lleva al cine una vez a la semana y le indica cómo peinarse el pelo ondulado. Veo una preferencia por los detalles, por las pequeñas y cómodas rutinas, y una necesidad de querer agazapada entre las manos de mi madre. La siento en cada roce entre mi pelo, en cada beso sonoro en las mejillas de mi hija, y me maravillo de no haberla conocido nunca, de haberle consentido la aspereza de mujer ruda sin forzarle unos cuantos cerrojos.

Cintia duerme mejor cada día. A veces se olvida de venir a hablar conmigo y escucho como le habla a su abuela de su jornada y le pide consejos imposibles sobre horquillas o usos de internet. Se van acostumbrando una a la otra. Mi madre ve una nueva oportunidad de ser guía, y yo a veces me siento orgullosa de ser ese catalizador de vivencias. Me asusta que mi presencia se convierta en una mera sombra conocida, en un algo olvidado en el piso de arriba y que también se duerma mi consciencia hasta vencerme el sueño definitivo. Luego siento a mi madre subir trayendo flores, despejando las cortinas y cantándome algún bolero y se me alivia el miedo.

Cintia me siente más cercana que nunca. Ha encontrado mi diario y se ha disculpado mil veces ante mí, que le doy muda aprobación para conocerme mejor a través de mis recuerdos. Mi madre sabe que lo tiene, no sólo le ha permitido quedárselo, sino que además no le ha desvelado el conocimiento que tiene de este hecho.

Cintia llora entonces, creo que a veces percibe que me duelo por ella, y entonces se refrena y me explica sus razones. Me cuenta lo identificada que se siente con las cosas que escribí cuando empecé la universidad y me abrí a un mundo nuevo de amistades; o como sufre al notar lo desgarrada que me quedé al morir su padre, y me alegro, verdaderamente, de que esté inmersa en lo mejor y lo peor de mí, y vaya comprendiendo la clase de persona que quiere ser. Por fin, no vivo atravesada por el girar de los relojes ni por la angustia de saberme una mujer que ha pasado por la vida casi sin pasar, de puntillas, rozando con la punta de los dedos la persona en quien me habría podido convertir. Me nutro de mi hija, de su grandiosa capacidad para perdonarme las ausencias físicas y emocionales.

Dejé hace tiempo de estar transida por la espera, no me inquieta despertarme hoy, mañana o nunca. Apenas lloro, de orgullo a ratos, de nostalgia, de impotencia otras veces por no poder agarrar de la mano a Cintia y darle mil consejos sobre música o sobre escondites secretos. Mi madre tiene una conexión directa con mis deseos y le colma la vida a mi hija, que ahora es tres en una. Supongo que vivir es tan sólo desearlo, ser un flujo constante de aprendizaje y querer. Me siento sosegada y dispuesta para la incerteza, voy vislumbrando infinitas posibilidades en el amor de Cintia y la calma, por fin, de mi madre. No sólo las siento como parte de mí, estoy segura de que soy parte de ellas, y me quedo a veces pensando en Kerouac, y en que quizás tuvo razón al decir que “mañana” era una palabra que quizás signifique cielo.